

LAS AVES EN DOS PIEZAS DE MANUEL ROJAS: TERRITORIO, MEDIO AMBIENTE Y OBSERVACIÓN

Sebastián Schoennenbeck G.
Pontificia Universidad Católica de Chile
sschoenn@uc.cl

En Chile, la sensibilidad ambientalista se ha instalado, más que en una agenda política eficiente, en un discurso publicitario a través del cual se modula el intercambio de la mercancía. Ante la prohibición del uso de bolsas plásticas en supermercados y grandes tiendas, el mercado ha comenzado a ofrecer bolsas reutilizables (también, en su gran mayoría, fabricadas con plástico) en las cuales aparecen estampadas imágenes de aves y mamíferos con un slogan que exhorta al consumidor a tener el suficiente cuidado para conservar nuestra amenazada flora y fauna.

Si bien las imágenes aludidas fomentan el conocimiento y reconocimiento de la flora y fauna endémicas, es necesario un conocimiento crítico del medio ambiente o, al menos, un conocimiento que no esté mediado exclusivamente por los discursos del mercado. Ante ello, propongo la revisión de dos textos de Manuel Rojas en los cuales una observación ornitológica se combina con una reflexión acerca del territorio: a saber, el cuento “Mares libres” (1951) y algunos fragmentos de *A pie por Chile* (1967), recopilación de artículos publicados por el autor en diversos medios.

A modo de hipótesis, planteamos que la escritura de Rojas sobre las aves revisa la noción de lo “endémico” y de lo “nativo” en tanto dispositivo con el cual se construye un territorio nacional. El problema de la migración aviaria, el ineludible comportamiento dado por la naturaleza de la especie y la comunidad de diversas aves que comparten un espacio, plantean literal y alegóricamente una salida para aquel territorio imaginado y construido desde una pretendida homogeneidad cultural atribuida a la nación.

“Mares libres” es un cuento que respeta las convenciones de la fábula. Todos sus personajes son aves identificadas con el nombre, escrito en mayúscula, de la especie que representan. Por otro lado, el final está dado por una moraleja, aunque esta vez no se presenta de una manera tan unívoca como lo puede ser en una obra de Esopo o de Samaniego. En el relato de Rojas, la nomenclatura de las aves/personajes es local y popular, pero con la precisión que hallamos, por ejemplo, en las guías de observación ornitológica a las cuales Rojas fue tan asiduo. Por ejemplo, el cuento comienza con la siguiente descripción de la Skúa, también conocida como Gaviota Salteadora: “entre

pardo y ocre sucio la color, vivísimo el ojo, ancha de pecho, pico de matarife, vuela y revuela sobre la bahía” (*Cuentos* 375). No nos debe extrañar la funcionalidad descriptiva de la metáfora como la que encontramos en la expresión “pico de matarife”. No solo el discurso ornitológico, amparado bajo un método científico, utiliza la metáfora en su lenguaje descriptivo, sino también lo hace la nomenclatura popular e indígena tan dada además a la onomatopeya. Sabemos, por solo dar algunos ejemplos, que el nombre del pájaro fio-fío guarda relación con el sonido de su tímido canto. Al parecer, el modo en que llamamos al río Bío-Bío también tiene que ver con esta ave según la poeta Rayen Kuyeh⁹⁴. Por otro lado, el pitío, uno de los tres pájaros carpinteros que habita el territorio nacional chileno, ha recibido su nombre por el sonido de su escandaloso gorjeo. Un último ejemplo de uso metafórico: la cola en forma de tijera da nombre al pequeño tijeral.

“Mares libres” escenifica una asamblea en la cual las aves debaten sobre los limitados recursos del mar que son fundamentales para el sustento alimenticio y, por ende, para la sobrevivencia. La elocuente Gaviota Salteadora, quien arrebató el alimento a los demás pájaros que ya lo han pescado con su propio esfuerzo, convocará a las demás aves y dirá lo siguiente: “—Los hermanos de la costa aseguran que cada día hay menos pescado en estos mares. No me consta, pero ellos lo dicen; y dicen más todavía: dicen que ese pescado debe ser para los que nacen y viven en estos mares y no para los que nacen en otras partes y vienen aquí a comer lo que no les pertenece” (379). Ante ello, el Salteador Chico de cola larga le responderá que ella, la Gaviota salteadora, ha nacido más allá de la Tierra de Hearst y entonces le pregunta por qué no permaneció en ese lugar. Tras un silencio, el cáguil dará lugar a un discurso sobre el movimiento migratorio: él —afirma— no tiene la culpa de haber nacido en estas costas y tampoco sabe por qué su especie es migratoria. Y entonces se preguntará a sí mismo y a los demás: “¿de dónde es uno? ¿Del lugar en que nace o del lugar en que vive?” (381). Como un contraargumento a la postura de la salteadora, también preguntará acerca de la razón por la cual existe un lugar que lleva su nombre en estas costas, pese a que es extranjero. El personaje se refiere, claro está, a la localidad de Cágüil, ubicada al sur de Pichilemu, donde el estero de Nilahue desemboca en el mar, permitiendo la extracción artesanal de la sal desde los tiempos de la colonia hasta el día de hoy.

El debate finaliza con las intervenciones del Runrún y del Petrel de Wilson que no es un pescador, sino que se alimenta de la flor del mar, el plancton. Su argumento contra la salteadora es un discurso sobre la abundancia, puesto que hay alimentos para todos: “El océano es generoso” afirma el petrel. También dice que no podemos hacer nada contra el robo y el crimen, porque eso está inscrito en la naturaleza instintiva de

⁹⁴ Ver el poema “Fiu Fiu” (Bío Bío) de Rayen Kuyeh. <https://www.festivaldepoesiademedellin.org/es/Festival/28/News/Kvyeh.htm>

muchas aves. Por ende, el petrel disculpa a las aves, incluso a la Salteadora, porque carecen de conciencia, a diferencia de los hombres que sí tienen la capacidad de ser felices y dar solución a las situaciones conflictivas. La moraleja es irónica; los humanos, pese a nuestra conciencia y capacidad de ser felices, no siempre hemos solucionado los conflictos existentes en torno al reparto de las riquezas como sí lo hicieron las aves de Manuel Rojas al constatar el abastecimiento inagotable del mar y al aceptar la naturaleza de cada especie.

Creo que el cuento pone en crisis la noción de territorio y con ello la identidad que ese mismo territorio construye. Con las palabras de un cuento, Rojas esboza una geografía. En efecto, no solo nombra lugares geográficamente localizables, sino también da cuenta de un total de cuarenta especies aviarias. De esas cuarenta, veinticuatro son especies marítimas, dieciséis son del interior y, finalmente, ocho tienen una territorialidad ambigua puesto que habitan la laguna de Cahuil, la que contiene agua dulce y salada. Considerando lo anterior, es pertinente definir la noción de territorio desde una perspectiva crítica de la Geografía tal como lo ha intentado llevar a cabo María Teresa Herner. Para la académica argentina, “se considera al territorio como una construcción social resultado del ejercicio de relaciones de poder” (165). A ello podemos agregar que estas relaciones de poder “están siempre implicadas en prácticas espaciales y temporales” (Harvey citado por Herner 165). En suma, el territorio es “una apropiación y ordenación del espacio como forma de dominio y disciplinamiento de los individuos” (Haesbaert citado por Herner 165). Si se nos permite leer el cuento de Rojas como fábula alegórica, las aves del mar han construido un territorio, puesto que sus relaciones están mediadas por la supuesta limitación del alimento, por el dominio de unos sobre otros gracias a variables como la fuerza física, el tamaño y el volumen de sus gritos y graznidos y, finalmente, por el estatus definido por la pertenencia al lugar, en el sentido de “ser natural de un lugar”. Esa pertenencia, según el verosímil del relato, está dada por el origen “absoluto”, es decir, por el haber nacido en ese lugar que a estas alturas ha devenido territorio. Guattari, en su libro *Micropolítica: Cartografías del deseo*, plantea que “El territorio puede ser relativo a un espacio vivido, tanto como a un sistema percibido en el seno del cual un sujeto se siente “en casa”. El territorio es sinónimo de apropiación, de subjetivación cerrada sobre ella misma. El territorio puede desterritorializarse, es decir, abrirse, implicarse en líneas de huida, partirse en estratos y destruirse” (372). A su vez, la territorialidad es una característica medular de los agenciamientos. En efecto, todo agenciamiento es territorial y trae consigo una dinámica de desterritorialización, es decir, en palabras de María Teresa Herner, una salida o una apertura que no distingue el plano de la expresión o el plano del contenido, una salida que carece de forma y sustancia, ya que actúa por materia y por función.

Me pregunto si el desplazamiento migratorio de las aves, representación alegórica de la migración humana, no es acaso una dinámica de desterritorialización que desestabiliza las relaciones que hasta ese entonces constituían el territorio marítimo.

Este abandono, fuga o desenraizamiento desarticula el referente territorial donde se materializan las prácticas que marcan las fronteras entre un nosotros y una alteridad. El argumento contra la Gaviota Salteadora anula la centralidad y la oposición interno/externo, permeabilizando las fronteras y haciendo del territorio no un sistema, sino un espacio cuyas condiciones garantizan la sobrevivencia de una especie. Es decir, en lugar del territorio, un medio ambiente. Gracias a este devenir, la ladrona pierde su poder, pero también es incorporada a la comunidad. En este cuento, Rojas hace algo que, a mi parecer, es notable: a través del discurso del cágüil, el narrador altera la noción de lo endémico en tanto principio de una geografía afín a las marcas fronterizas. Lo endémico supone una relación exclusiva entre existencia y espacio. En efecto, una especie endémica es aquella que se distribuye en un lugar o región geográfica específica y es imposible encontrarle de forma natural en ninguna otra parte del mundo. La ficción utópica de Rojas puede sustituir la exclusividad endémica por un existir voluble, flexible y adaptable que contiene el concepto de lo nativo. Por cierto, una especie nativa es aquella originaria o autóctona de la zona en que habita, pero que no se encuentra necesariamente en forma exclusiva en ese lugar, es decir, que una especie nativa puede existir de forma natural en distintos lugares. Me pregunto entonces si el desplazamiento migratorio no rompe las categorías de lo endémico, de lo nativo y de lo introducido, generando así lugares de paso y de encuentro, lugares de nuevas relaciones y subjetividades ya no determinadas por categorías territoriales.

Termino esta reflexión con dos textos referenciales recopilados en *A pie por Chile*. La observación rigurosa y poética de las aves está mediada por dos dispositivos que afectan el discurso de Rojas: el caminar y la ventana. En la nota titulada “El queltehue”, el autor afirma:

Mientras camino por una de las aceras de la calle donde vivo, oigo a mis espaldas un grito de pájaro que me deja con el alma tendida. Por un instante me desoriento y no sé si camino por la calle de un barrio burgués o por una de esas solitarias playas que amo. Me parece sentir, durante ese breve instante, el rumor de las olas y el olor del mar [...]. Y lo extraño es que el grito es el grito de un pájaro en libertad, no el de uno enjaulado o el de uno que ambula entre los arbustos del jardín. El pájaro, sin duda, anda por la calle, detrás de mí [...]. Me vuelvo y miro. Hacia mí avanza, por la calzada, a largos pasos y haciendo sus clásicas agachaditas, parado el moño, un queltehue (251).

Rojas registra un paseo, actividad de no menor importancia para la teoría del paisaje. Joan Nogué indica que, a diferencia del viaje, “el paseo [...] se suele realizar a pie o, a veces, en un medio de transporte de velocidad muy limitada (a caballo o en bicicleta, por ejemplo) y, en él, uno no se aleja demasiado del punto de partida inicial. Se puede pasear en entornos familiares o en espacios desconocidos, pero en ninguno de los dos casos se asocia el paseo a riesgo alguno” (22). Para este autor,

“a finales del siglo XVIII aparecen los primeros intentos de establecer una relación teórica y práctica entre el paseo y el territorio y sus paisajes o, dicho de otra manera, entre el acto de pasear y el complejo proceso de aprehensión del entorno por parte del individuo” (22). Los antecedentes librescos de tales intentos son, por ejemplo, *Las ensoñaciones del paseante solitario* (1778) de Rousseau, los paseos del Werther goethiano y el libro *El arte de pasear* (1802) de Karl Gootlob Schelle. A ello debemos agregar el *flâneur* de Baudelaire tan bien atendido por Benjamin. Por otro lado, la especificidad del paseo en Rojas da lugar al caminar, acción análoga a la escritura. A la luz de Michel de Certeau (2006), es posible advertir una relación metafórica entre escritura y caminata. Ambas, en efecto, pueden llegar a ser ejercicios de resistencia por cuanto problematizan o desestabilizan las representaciones fijas de lugares ya habitados simbólicamente hablando. En términos de Le Breton, el caminante puede resignificar espacios ya integrados a una memoria y a un registro: “El caminar es una biblioteca sin fin que escribe, en cada ocasión, la novela de las cosas habituales en el camino y nos enfrenta a la memoria de los lugares, a las conmemoraciones colectivas señaladas por placas, ruinas o monumentos. El caminar es una travesía por los paisajes y las palabras” (63).

En la escritura de Rojas, pareciera que la experiencia estética del paseo se reduce, por lo menos en los primeros momentos, a una experiencia de audición. No se observa el queltehue, sino que se le oye. Es su sonido y no su imagen el que produce un efecto anímico tal que le deja el alma tendida. Además, el paseo no supone una aprehensión del lugar que permita al sujeto posicionarse en él. Por el contrario, Rojas confiesa que se desorienta. No sabe si está en la ciudad o en la playa. Sin embargo, el relato nos propone algo así como una peripecia. De pronto, la audición ya no es registrada y Rojas se da media vuelta para observar al pájaro, reproduciendo verbalmente su imagen en movimiento. Para Rojas, el grito del queltehue lo transporta imaginariamente de la ciudad a la playa. Es un grito transportador literal y figuradamente. Para Rojas, el grito del queltehue es un “grito de libertad” (252).

En “Pájaros huidizos”, Rojas relata una estadía en el lago Rupanco, ubicado en el sur de Chile. Al estar al interior de una casa, registra lo siguiente:

Miré por la ventana, una gran ventana, y no vi a nadie. Solo lluvia, viento, alguna que otra gaviota, nubes; podría decir de nuevo, silencio, pero de nuevo debería decir que en ese silencio siempre hay algo y que lo que hay es siempre invisible: los rumores, los gritos, los pasos de nadie –tal vez es el agua la que hace sonar las cañas de las quilas–, los pájaros y sus cantos y sus conversaciones. Es difícil ver los pájaros, tal vez a causa de los árboles y de los matorrales o porque su costumbre es la de esconderse. Compensan su condición de invisibles y su pequeñez dando los más impresionantes gritos, emitiendo los ruidos más extraños y mostrando, cuando por casualidad se ven, colores sombríos (239).

Es conocida la analogía entre la ventana y un cuadro pictórico. Ambos tienen un marco y tal encuadre ha sido motivo de estudio para algunos historiadores del arte como Víctor Stoichita (2005). La mirada de Rojas a través de la ventana es inquietante, paradójica: mira a través de ella para constatar u observar lo invisible. Al mismo tiempo, lo que se identifica como invisible –rumores, gritos, pasos de nadie, cantos– es, efectivamente, sonoro. No obstante, toda es sonoridad que se percibe por la ventana es “silencio”, según el comienzo de la cita anterior. Es como si las cosas perdiesen su estatuto ontológico por efecto de cruces y confusiones entre los diferentes sentidos que las perciben. En Rojas, no tenemos del todo claro qué es lo que se ve y qué es lo que se oye. Aquel pájaro huidizo, el cual terminará siendo un chucao, escapa a la vista no solo porque se esconde sigilosamente como un ratón entre hojas y ramas, sino también por su escaso volumen y por su color poco llamativo a la vista:

uno de ellos, más que pájaro parece ratón, no por el color, sí por sus movimientos y su manera de desaparecer entre las hojas y las ramas bajas, un ratón de color entre pizarra y rufo, que de pronto, echándose para atrás, casi desarticulándose, lanza un gorgoriteo que imita al del pavo, sonido absolutamente impropio para un ser que de pico a cola tendrá escasos quince centímetros (239).

Es el canto del chucao lo que permite identificarlo, narrarlo, figurarlo. Y ese canto inquietante se contempla gracias a una observación desviada: debemos mirar por la ventana para oír la voz fantasmal del pájaro que no vemos. En suma, Rojas altera el paseo y la ventana como dispositivos de observación para dar lugar a un conocimiento singular de las aves, simulando entonces no solo una guía de observación de aves, sino también una guía de audición.

En tiempos de crisis ambiental y de preocupación por la conservación del mundo natural, la inquietud de Manuel Rojas por la fauna puede ser resignificada y escuchada. Llama la atención también como otros escritores y escritoras ya habían prestado atención a lo que hoy inquieta a muchos. Gabriela Mistral en *Poema de Chile* (1967) presentó el maitén y la tenca al modo de estampas didácticas y queribles. Luis Oyarzún, en su diario íntimo y en sus ensayos como *Defensa de la Tierra* (1973), se presentó a sí mismo como integrante de un ambiente amenazado. Creo, a modo de conclusión, que Rojas integra esa tradición de precursores tan actual para el día de hoy.

BIBLIOGRAFÍA

- De Certau, Michel. “Andar en la ciudad”. *Bifurcaciones. Revista de Estudios Culturales Urbanos* 7 (2006). <http://www.bifurcaciones.cl/2008/06/andar-en-la-ciudad/>
- Guattari, Felix. *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Petropolis: Editora Vozes, 2005.

- Herner, María Teresa. “Territorio, desterritorialización y reterritorialización: un abordaje teórico desde la perspectiva de Deleuze y Guattari”. *Huellas* 13 (2009): 158-171.
- Le Breton, David. *Elogio del caminar*. Madrid: Siruela, 2015.
- Nogué, Joan. “El arte de pasear”. *La Vanguardia. Suplemento Cultura/s*. [Barcelona, España]. 30 de enero de 2008: 22.
- Rojas, Manuel. “Mares libres”. *Cuentos*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2016. 375-386.
- . “El queltehue”. *A pie por Chile*. Santiago: Catalonia, 2016. 251-2.
- . “Pájaros huidizos”. *A pie por Chile*. Santiago: Catalonia, 2016. 239-40.
- Stoichita, Víctor. *Ver y no ver*. Madrid: Siruela, 2005.